

DON ROBERTO DE AGUIRRE Y SU PARROQUIA

FELIPE BARANDIARAN IRIZAR (SACERDOTE)

DON Roberto llegó a Rentería el 7 de marzo de 1941. En mi recuerdo quedó grabada una escena que tuvo lugar ese mismo día ante la fachada principal de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. Nos habíamos detenido a la altura del edificio del Ayuntamiento y Don Roberto se quedó mirando fijamente, con sonrisa de niño grande, a aquella fachada sin decir una palabra. Nunca se ha borrado de mí aquel rostro embelesado. Los años posteriores mostrarían que, desde entonces, se entregó a Rentería con aquella fuerza y amor que nunca le abandonaron.

Don Roberto no era hombre que dejara tranquila a su imaginación e inteligencia. Sabía que, en aquel entonces, la situación espiritual de la Parroquia no era muy halagüeña. Mas confiaba en la savia cristiana que intuyó soterrada en el corazón de los renterianos. Los años siguientes confirmaron esa intuición. Y puso manos a la obra.

Para la realización de sus proyectos, contaba con un nuevo equipo de sacerdotes. Salvo Don Benito Urteaga, quien llevaba ya bastantes años como coadjutor de la Parroquia y al que mucha gente amaba, entre los nuevos coadjutores figuraban: Don Marcos Gogorza, Don José María Múgica y un servidor. Un año más tarde se incorporaría a este Cabildo Parroquial Don José Luis Lecuona y luego llegarán Don Juan Bautista Olaizola y Don José María Aramberrí. En general, la concordia y el entusiasmo eran las notas dominantes en aquel equipo parroquial. Don Roberto era el alma del mismo. Inteligente, reflexivo, impulsor e innovador, si a ello le obligaba la necesidad, audaz a veces y libre e independientemente de toda atadura política, así como ajeno a todo servilismo; pero fiel, hasta el pundonor, a la Iglesia y extremadamente respetuoso para con ella. Poseía un gran sentido de su responsabilidad y de su autoridad como párroco.

Teníamos costumbre de reunirnos todos, una vez al mes, en la sacristía de la Parroquia. Si una decisión era tomada en esas reuniones, el párroco compartía la responsabilidad correspondiente que asumía el coadjutor encargado de alguna realización pastoral. Eso sí, de vez en cuando, Don Roberto hacía sentir su fuerza moral como autoridad parroquial. Ello no era óbice para que la armonía reinara entre sus colaboradores. Tampoco él dejaba de darnos muestras de amistad y de alentarnos y proveernos con los medios necesarios para llevar a cabo las diferentes actividades. A su vez, deseaba que sus colaboradores fueran sinceros con él y le informaron sobre sus trabajos en curso. En ésto era casi exigente; pero no absorbente. Esto significaba su gran equilibrio espiritual y sentido práctico. Respetaba la personalidad de sus coadjutores; pero ello no impedía el que se percatara de lo que calzábamos cada uno de nosotros. En circunstancias difíciles, que entonces no escaseaban, él salía a defender la justicia contra quienes pretendían atacarla. Los sacerdotes, bajo su tutela, nos sentíamos respaldados contra cualquier arbitrariedad o malos tratos.

Advierto al lector que cuanto voy a exponer abarca la etapa que va desde marzo de 1941 a 1947. Fueron ésos los años en que además de convivir bajo el mismo techo y participar en la misma mesa, trabajé bajo su dirección. Narraré, por tanto, los primeros años de la labor parroquial de Don Roberto.

Las primeras preocupaciones de Don Roberto se dirigieron hacia la juventud y la niñez. A los pocos días de llegar él a su destino de Rentería, le acompañaba yo por la calle y a la altura del edificio que hoy es sucursal de Caja Laboral Popular, cercana a la Parroquia, tropezamos con tres jóvenes. Y él les preguntó a bocajarro lo siguiente: **Si anunciamos unas charlas cuaresmales para jóvenes, ¿cuántos creéis que asistirían?** Y alguno de los tres le respondió: **unos ochenta.** El nuevo párroco no hizo a éso ningún comentario ante ellos; pero, al quedarnos solos los dos me dijo: **Aviados estamos. En una parroquia de 12.000 feligreses ¿sólo 80 jóvenes?** No por ello se arredró. Ya en casa, inmediatamente llamó por teléfono a la Residencia de los PP. Jesuitas de San Sebastián. Y, si mal no recuerdo, consiguió del P. Gordo el compromiso de que dirigiría esas charlas cuaresmales. Se hizo en la parroquia una gran propaganda, dirigida a despertar el interés por esa semana de ejercicios abiertos para los jóvenes varones.

Don Roberto deseaba atar todos los cabos y en previsión de la organización para los jóvenes dentro de la Congregación de San Luis Gonzaga, me nombró co-director de dicha asociación, al lado de Don Marcos Gogorza que era confirmado como director de la misma. Esta manera de duplicar un cargo puede parecer extraño, mas entraba, aunque sorprenda, en el sabio uso que algunas veces sabía hacer de sus artes diplomáticas. Estas tenían por costumbre un objetivo claro de eficacia en el quehacer parroquial. Tengo que subrayar en honor de Don Marcos que su persona estaba adornada con un alma humilde, fina y delicada que le hacían capaz de comprender los arrestos de éste, su compañero, en la dirección de la Congregación, que aquél entonces, no contaba más que 28 años.

Asegurada la Dirección de los «Luises» (así eran conocidos los que pertenecían a la Congregación de San Luis Gonzaga), había que pensar en el relanzamiento de dicha asociación a la sazón muy debilitada. Con este objeto, además de la propaganda, se prepararon unas hojas de inscripción en la Congregación. Esta resurgió con fuerza.

Recuerdo que la tarde del sábado, día último destinado a estos jóvenes, seis sacerdotes les atendieron en sus respectivos confesionarios. Y al día siguiente se celebró la misa de comunión general. Los años posteriores los fueron de siembra y cosecha abundante. Con una relativa rapidez, para el año 1947, los congregantes sumaban 830. A fin de dar cuerpo a dicha organización y asegurar su buena marcha, fue elegida una Junta Directiva de la que puedo afirmar con rotundidad que fue fiel, eficaz, y entusiasta. Las actividades que se llevaron a cabo comprendían tanto las de carácter religioso (como los retiros mensuales el viernes anterior al domingo correspondiente al de su misa y comunión general), las que implicaban una formación en la fe (Jóvenes de Acción Católica, que actuaban como fermento en el interior de la misma Congregación), así como las de carácter profano (celebración festiva del día de San Luis Gonzaga, la aparición y preparación constante de «Grupo de Danzas Folklóricas Vascas», en aquellos tiempos un reto político; la formación de un grupo de Teatro que actuaba dos veces al año en el cine ON-BIDE; la animación de las navidades con el Olentzero, etc.).

En relación a los jóvenes, más o menos se siguió el mismo procedimiento de captación que el utilizado con los chicos.

Don José María Múgica fue nombrado por Don Roberto, director de la «Congregación de Hijas de María». Don José María Múgica, que brillaba por su talento de orador, logró cobijar bajo el estandarte mariano a más de mil jóvenes muchachas. También fundó dentro de dicha Congregación un coro femenino que contribuía a solemnizar las fiestas de carácter mariano.

Era impresionante contemplar los domingos de comunión general, a los chicos llenando la nave central de la parroquia desde la parte delantera hasta debajo de las naves del coro y a las chicas, en su correspondiente domingo, ocupando un más amplio espacio del templo.

Hace unos seis años comentaba yo estas cosas con un joven religioso. De pronto me cortó el fraile la palabra con esta pregunta: **¿Y para qué servía todo eso?** Me callé, pensando que no entendería mi respuesta, dada su mentalidad despectiva para con el pasado. Mas en una de las entrevistas que periódicamente solía hacerle a Don Roberto, le conté la conversación mantenida con ese religioso. Y después de un corto silencio, me respondió: **de esas rentas vivimos.** Quería decir él si los bancos de nuestras iglesias no están aún vacías es porque aquéllos que en su juventud fueron congregantes se encargan hoy de llenarlas, a pesar de todas las dificultades experimentadas en años difíciles, llenos de conflictos políticos, cambios sociales e ideológicos. Una cosa es relativizar las organizaciones, en su justa medida, situándolas para ello en el contexto histórico correspondiente y otra, desposeerlas de toda significación y valor, sin permitirse uno mismo percibir los latidos de cuantos participaron en tales organizaciones. Es a éstos a quienes hay que seguirles en su trayectoria existencial para advertir el rastro que tales organizaciones dejaron en sus conciencias. El revuelto río político-social e ideológico de estos veinte años últimos arrastró consigo a muchas personas, unas débiles y otras de supuesta calidad.

Pero, también es cierto, que bastantes pudieron asirse a los valores religiosos que les guiaron en su juventud y atravesar ese río para llegar al remanso, sin que su fe sufriera daño. Tirar el pasado por la borda es desproveer al navío de la vida, de una buena brújula. Queramos o no, el pasado actúa y la novedad debe, al menos en parte, fundarse en aquél para asegurar el futuro. La experiencia acumulada en el proceso histórico nunca desaparece del todo, ni siquiera en los cambios socioculturales más violentos. Las dos organizaciones juveniles señaladas eran cauces abiertos a sus espíritus, en los que pudieron discurrir sus relaciones con Dios a través de la Iglesia y, para bastantes, se convirtieron en medios, gracias a los cuales tuvieron oportunidad para enriquecerse humanamente, participando en las diferentes actividades que se desarrollaron. Desaparecieron con el tiempo aquellas organizaciones, pero sus hombres y mujeres, bastantes de ellos, crearon familias modélicas y siguieron fieles a su fe.

Era el año de 1942 cuando llegó a esta Parroquia de la Asunción Don José Luis Lecuona. Hombre de carácter abierto, de risa alborozada, tranquilo pero atento a su quehacer; que fue nombrado por Don Roberto como Director de la Catequesis. Con este nombramiento aseguraba el párroco la atención a los niños. Todos los demás coadjutores quedamos desde el primer momento señalados como sus cooperadores. Cada uno teníamos asignada, además de la nuestra propia, una tarea catequística en las escuelas de la población, fueran privadas o públicas. Por su parte, Don José Luis organizaba a los niños según venían llegando las necesidades y les ocupaba con diferentes actividades. Después que yo salí de Rentería, Don José Luis fundó el grupo de J. O. C., obra en la que se empeñó firmemente, creando un nuevo espíritu en la juventud obrera de Rentería.

En todo ese esfuerzo de captación de jóvenes y niños para la vida de la Fe, es de justicia señalar la gran colaboración y apoyo moral otorgados por los padres de estos niños y de estos jóvenes en ese tiempo. Existía entre las familias y la Parroquia una sintonía religiosa que facilitaba el trabajo pastoral, el mismo que evitaba en las conciencias juveniles las contradicciones teóricas y prácticas que pudieran surgir de

un desacuerdo entre ambas instituciones. Me atrevería también a decir que gran parte de los fieles se vieron comprendidos en sus aspiraciones, no sólo religiosas sino también de orden humano. Los sacerdotes, con Don Roberto al frente, nos empeñamos en suavizar las situaciones dramáticas que emergían del momento político, social y económico, viviendo muy cerca de las aspiraciones legítimas del pueblo.

Así, jóvenes, niños, adultos, familias y gran parte del pueblo sentían que desde la dirección de la Parroquia se pretendía una renovación espiritual y un crecimiento en la pacificación de los espíritus. El pueblo que yo conocí era un gran pueblo, honrado, trabajador, al que merecía la pena servir.

Además de este impulso inicial, Don Roberto recibió el regalo de dos sacerdotes que completaron el Cabildo. Estos eran Don Juan Bautista Olaizola, renteriano de nacimiento y Don José María Aramberri, ambos ya fallecidos. Don Juan Bautista era un organista enamorado de su arte y un pedagogo incansable que durante varios años entregó, con generosidad, largas horas a la educación musical de los niños. Don Roberto que otorgaba al esplendor del culto una importancia extraordinaria, estaba contento de aquel sacerdote artista. Gustaba el párroco de que el altar mayor estuviera reluciente, revestido de las mejores galas, con monaguillos que cumplieran bien su cometido y todo eso realzado con los acordes del órgano y con las voces de un coro que satisficiera las exigencias del arte y levantara los corazones de los fieles hacia Dios.

Don José María Aramberri, inteligente y espiritualmente próspero, era nuestro especialista en cuestiones de Teología Moral. Hombre sencillo que, fácilmente, admiraba a sus compañeros, ocultaba su saber y su bondad en la más franciscana humildad. En otro momento de la historia de este Cabildo, posterior al que ahora describo, realizó su trabajo que caló profundamente en algunos miembros de la H. O. A. C. que él dirigió.

Entre otros aspectos importantes que enaltecen la figura de Don Roberto, simplemente indicaré de ellos: su don de consejo, que se manifestaba sobre todo en la dirección espiritual y sus dotes como administrador de los bienes de la Parroquia. En este sentido hay que decir que él negoció cuando llegó una bien magra cartilla de ahorros. A él, personalmente, le interesaba bien poco el dinero; pero consideró siempre que el que le entregaban los fieles para el sostenimiento de la parroquia era un bien a cuidar con inteligencia y eficacia. Así, después de un tiempo pudo afrontar el cubrir necesidades que recayeran en beneficio de los parroquianos: nueva instalación eléctrica, calefacción, etc.

Don Roberto era un hombre identificado con su misión sacerdotal, extraordinariamente preocupado del bien espiritual de sus fieles. Amaba a la Iglesia con pasión y a la vez con ternura y a ella dedicó su vida entera. No transigió y no transigió hasta los últimos días de su vida con críticas injustificadas o ligeras contra esa Institución. La Iglesia era para él un espacio en el que respiraba con naturalidad, sencillez y confianza. Durante los seis años en los que convivió con él pude conocerle a fondo, sus virtudes y defectos, pero ví en él un hombre entregado a su parroquia. Esto minimiza cualquier defecto suyo pues la intensidad de su amor a esa parroquia era fuego que purificaba de cualquier escoria el oro que encerraba su corazón. Este es el gran recuerdo que conservo de él, aparte de otros que me afectan personalmente y que ante mis ojos le hacen digno de mi agradecimiento. Y debo añadir, para terminar, que tuve la gran fortuna de ser uno de los miembros de aquel Cabildo Parroquial, envidiable por muchas razones.